

# Memorias de un Cadete Naval

Vicealmirante I.M.N.

Mario Lavalle Argudín

D/10018/11

SECRETARIA DE MARINA

MEXICO, 1971

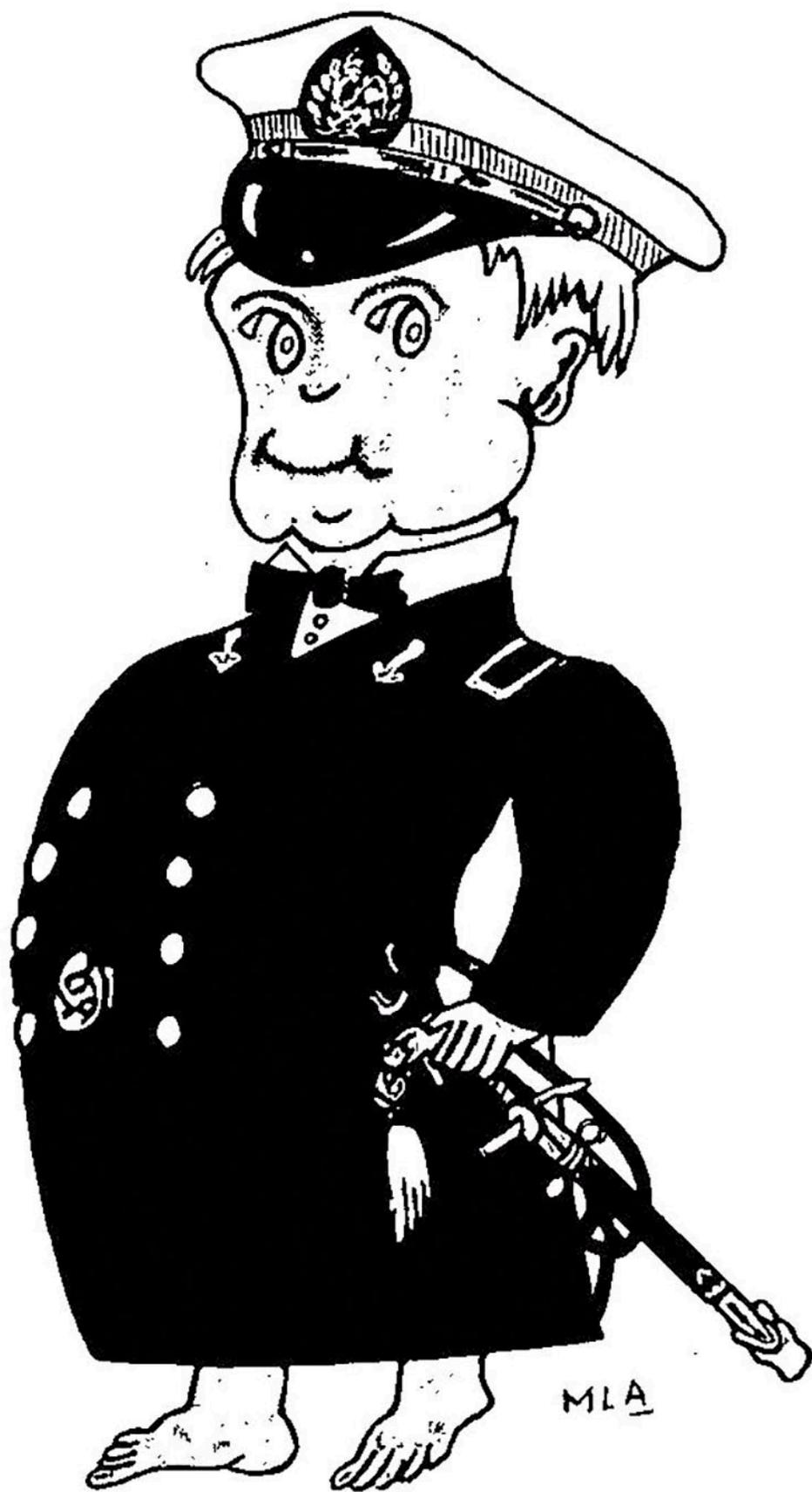


SECRETARIA DE MARINA  
OFICINA DE HISTORIA  
Y DOCUMENTOS NAVALS  
MEXICO, D.F.

Estas Memorias las dedico a mis compañeros de la Heroica Escuela Naval, con entrañable afecto y por que estas vivencias les lleven a los lejanos días de nuestra juventud, cuando la ilusión era un tesoro y recibir el título de Guardiamarina la finalidad suprema a que aspirábamos todos.

EL AUTOR





*NOBLE ESCUELA NAVAL...!*

*Entre tus muros resonaba mi grito,  
cuando el grito era claro,  
la esperanza era entera,  
era p rvula el alma,  
la mente volandera,  
y era joven la seda  
que bes  en tu bandera.*

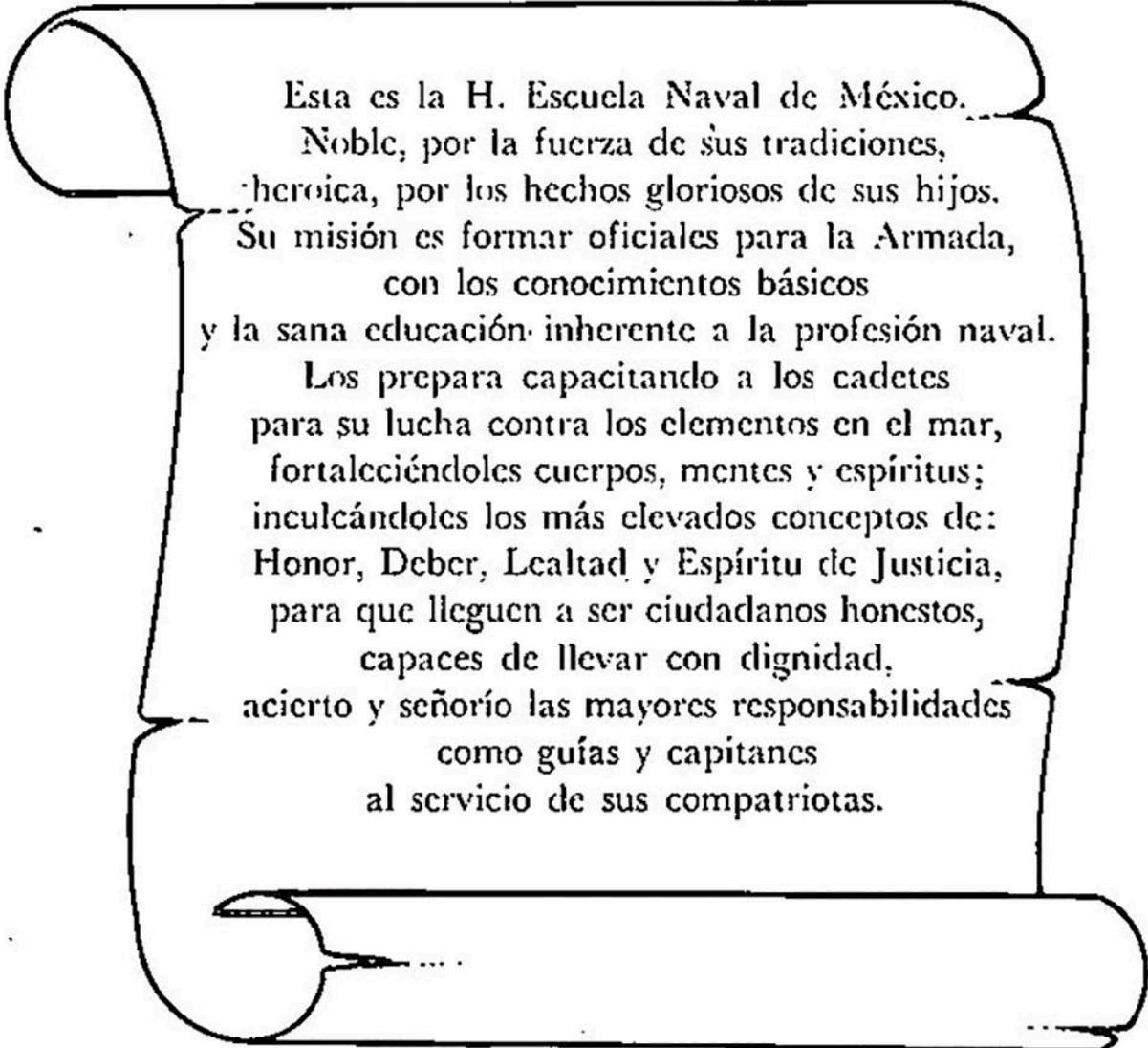
GUSTAVO RUEDA MEDINA





Cadetes: Si el destino hace artero algún día  
que una extranjera planta intente la osadía  
de hollar el patrio suelo que os columbró nacer;  
si tan crueles instantes llegáis a conocer,  
a ejemplo de esos hijos de esta Escuela gloriosa,  
ofrendad a la Patria vuestra sangre ardorosa  
... y sucumbid altivos tras rudo batallar,  
¡¡ bajo el azul del cielo, frente al inmenso mar!!

RAFAEL VÁZQUEZ DEL MERCADO



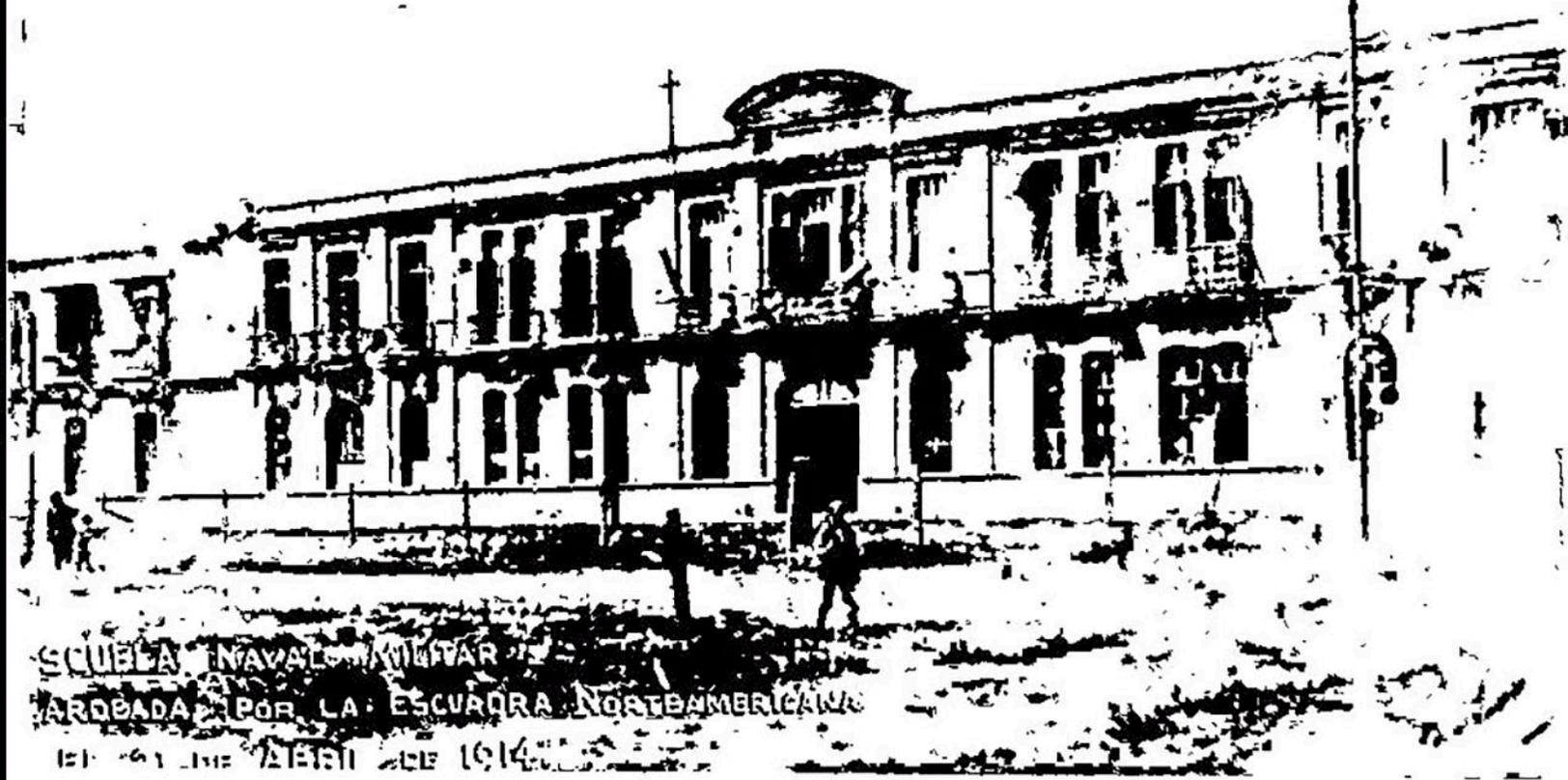
Esta es la H. Escuela Naval de México.

Noble, por la fuerza de sus tradiciones,  
heroica, por los hechos gloriosos de sus hijos.  
Su misión es formar oficiales para la Armada,  
con los conocimientos básicos  
y la sana educación inherente a la profesión naval.

Los prepara capacitando a los cadetes  
para su lucha contra los elementos en el mar,  
fortaleciéndoles cuerpos, mentes y espíritus;  
inculcándoles los más elevados conceptos de:  
Honor, Deber, Lealtad y Espíritu de Justicia,  
para que lleguen a ser ciudadanos honestos,  
capaces de llevar con dignidad,  
acierto y señorío las mayores responsabilidades  
como guías y capitanes  
al servicio de sus compatriotas.

ASOCIACION DE LA  
HEROICA ESCUELA NAVAL MILITAR  
23-OCTUBRE-1989  
TRADICION, PATRIA, FRATERNIDAD.

Sucumbieron:  
URIBE Y AZUETA



ESCUELA NAVAL MILITAR  
DANADA POR LA ESCUADRA NORTAMERICANA  
EL 21 DE ABRIL DE 1914

## MEMORIAS DE UN CADETE NAVAL

(Antigüedad 1927-1928-1932)

Noble y Heroica Escuela Naval, que arrullaste mis primeros sueños, cuando aspiraba a la gloria del marino y el héroe de mi anhelo era el Simbad de "Las Mil y una Noches".

Dentro de tus viejos muros y arcadas transcurrieron cuatro años de mi existencia, en la primavera de la vida, dorada edad ya tan lejana, fatal e irremediabilmente ida.

Al evocar el pasado, vuelvo a recordar mi infancia feliz bruscamente interrumpida, para ingresar al glorioso plantel en el año de 1928.

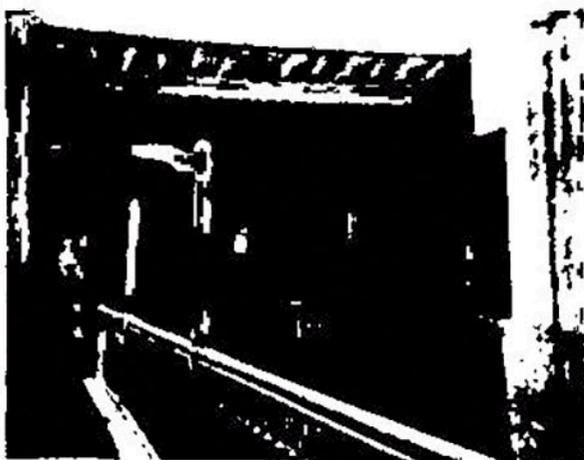
// Muchos años han pasado desde entonces, y aún llegan a mi mente, vivas imágenes que surgen del pasado: las novatadas, castigos, incidentes de clases, la rutina que invariablemente tenía que cumplirse, viajes de práctica, desfiles, exámenes y todos los sucesos que forman la vida de un Cadete Naval.

Se necesitaba gran dosis de paciencia y fuerza de voluntad para adaptarse, de la existencia placentera del hogar en que se nos prodigaba cariño, a la rígida disciplina de la Escuela y para colmo soportar las pócimas o novatadas.

Después de la comida y cena, recibíamos instrucción individual o en grupo. En aquel tiempo no existía el Servicio Militar Nacional, y por esta causa cuando llegamos a la Naval, nuestros conocimientos



El patio y arcadas de las corredores de la H. Escuela Naval Militar



Pasillo de la H. Escuela Naval Militar



Uno de los dormitorios de la H. Escuela Naval Militar



Pasillo de la H. Escuela Naval. En la planta baja la lavandería

sobre esta disciplina eran escasos.

// Los encargados de impartir la instrucción eran las Clases y a veces algún cadete antiguo, pero los procedimientos no eran suaves, a la más ligera equivocación se recibía el golpe con la mano o el arma. //

// El de nuevo ingreso era obligado por los antiguos a tomar durante las comidas el contenido de un vaso en el que se habían mez-

clado agua de sal, café, salsa y todo aquello que pudiera causar mayor repulsión al infeliz novel, quien abandonaba el comedor a la carrera para arrojar en forma incontenible lo que había en su estómago. //

// Menudeaban los palos y puntapiés propinados por los antiguos, sin faltar las penas corporales y arrestos impuestos por los oficiales que secundaba eficazmente la aristocracia de la Escuela, los que lucían en sus mangas las doradas cintas de cadete de primera, cabos y aspirantes, que por causas triviales, el moverse en filas, hablar estando en formación, no tener limpias las anclas del cuello o de la gorra y por otros motivos, reales o imaginarios, pasábamos a formar parte de la larga lista de castigos que cumplíamos inexorablemente sin perjuicio de la rutina de ir a clases, pasar listas y revistas, etc., etc. //

// Estaban a la orden las repetidas vueltas que a paso veloz dábamos los de primer año en torno al poste del foco que había en el centro del patio, plantones con arma terciada y astronómicos de 3 a 5 horas, cuando las estrellas aún brillaban en el cielo con coloraciones nácar de la aurora.

// No faltaban las agotadoras carreras alrededor del campo deportivo "Jesús M. Aguirre", que se encontraba frente a la Naval.

// Los de nuevo ingreso no podían sustraerse a que un antiguo lo nombrara su secretario y ¡ay de él si no cumplía con las obligaciones que le imponían!: tenderle la cama, sacar brillo a los botones del uniforme, lustrar los zapatos, entregar ropa sucia en el depósito y dejar el arma como espejo, sin partículas de grasa, aparte de la propia que tenía que presentar en la revista del sábado. //

// ¡Pobre novel!; parecía sardina asustada ante la acometida de los jureles. Implacables caían sobre él, los domingos de arrestos, por múltiples motivos, sin omitir los impuestos en clases (alguna de las distintas asignaturas tenía que fallar). El "coco" era Geografía; el profesor, Capitán de Fragata Mario Rodríguez Malpica (*Manario*), imponía arrestos con la misma frecuencia que caen las hojas en el otoño al más leve soplo de brisa. El encargado del grupo, un fortachón de la antigüedad anterior iba anotando en una libreta a la indicación de *Manario* —apunta Gallegos—, un domingo a este cadete, por no saber la ruta de Riga a Venecia, otro domingo a este boca de llanta, por no saber dibujar el mapa, uno más al grupo por no aprenderse las islas del Japón: Yezo, Shikoku, Kiushiu, etc., que a la voz del profesor: "¡Repíte, cadete!", habíamos machacado en el salón a puerta cerrada. //

// Así iban acumulándose innumerables domingos de arrestos al novel, que por este motivo no tenía oportunidad de ver la calle en todo el año, ni siquiera el parque aledaño en la parte posterior de la Escuela frente a Landero y Cos o Arista por el lado del malecón, ya que las gruesas persianas de madera impedían ver el exterior. //

La llamada general, rancho, silencio y diana, fueron los primeros toques que se fijaron en mi memoria, y el último, perdura indeleble en el recuerdo. Me despertaba cuando el corneta de guardia, Larios o Nieto, pegaban sobre la boquilla del instrumento antes de la llamada de banda. Al sonar los primeros lentos compases, salíamos amodorrados de los dormitorios, descendíamos la escalera pasando a formar en las respectivas brigadas, en el patio circundado por las amplias arcadas de los corredores. Al escucharse el último toque bajaban apre-

suradamente los rezagados a fin de estar a tiempo a la primera lista con que el cadete comienza las actividades del día.

Lentas y cansadas se hacían las horas de centinela, sobre todo en las guardias nocturnas, cuando el sueño con fuerza irresistible nos cerraba los párpados y en más de una ocasión el cabo de turno sorprendió dormido al vigilante en alguno de los garitones, o a la imaginaria en los dormitorios; el arresto no se hacía esperar.

Una vez por semana bajábamos a formar a diana en calzón de baño, y tan luego pasábamos lista, al mando de un oficial, marchábamos a paso veloz al Club de Regatas. En una ocasión, nos llevó el Teniente Aznar, con norte deshecho, la temperatura había descendido varios grados y al aproximarnos a la orilla, los rociones del mar pegaban como latigazos. El oficial mencionado, poniendo el ejemplo, se colocó a la cabeza del grupo y se tiró de clavado, pensando que le seguiríamos, pero cuando sacó la cabeza no vio un solo cadete nadando; habíamos dado media vuelta y a todo correr nos metimos bajo el puente y casetas del balneario. Al final de cuentas no hubo más remedio que entrar al agua y además cumplir un domingo de arresto por "traición a la mar".

Llegó el día en que teníamos que Jurar Bandera y no podían haber elegido fecha más adecuada para tan importante acto que la conmemoración de la jornada heroica del 21 de abril de 1914.



Heroica Escuela Naval con vista de los garitones de entrada, tomada desde la calle de Arista



SECRETARIA DE MARINA  
OFICIO DE HISTORIA  
Y CULTURA NAVAL  
MEXICO D.F.

Con las brigadas formadas en el patio de la Escuela, comenzó la emotiva ceremonia. El ayudante pasó lista y al pronunciar los nombres inmensos de José Azueta y Virgilio Uribe, que figuraban al principio de la relación, respondíamos: "¡Murió por defender a la Patria!" Posteriormente desfilamos los de primer año que habíamos jurado bandera, pasando, con emoción profunda, bajo sus pliegues, que ondeaban al viento sus colores y que minutos antes, al tomárenos la protesta, habíamos jurado defenderla hasta perder la vida.

En primer año fuimos espectadores de una broma cruel, en que el protagonista fue un alumno externo, muchacho que albergaba un alma noble en la armazón endeble de su cuerpo, que acomplejaba la vida psíquica de nuestro amigo, y para mayor desgracia era tartamudo.

No sé qué influencias mediaron para que estudiara en la Escuela, sólo aquellas materias que tuvieran aplicación en la vida civil que más tarde le permitieran desenvolverse y encontrar campo propicio en actividades fuera de la Armada a la que no podía pertenecer por su defecto físico, su nombre Ricardo Ruiz, más conocido con el sobrenombre de *Capitán de Popa*.

El Capitán Arturo López de Nava y otros oficiales, así como cadetes de quinto año, se confabularon para jugarle una pesada broma a Ruiz. Le hicieron concebir la ilusión de que una bella damita de la sociedad jarocho que vio en alguna parte, mostraba simpatías por él, y en una insistente labor de convencimiento transcurrieron los días, hasta que por fin, ya fuera porque lo dejaran en paz o por un efecto de sugestión que obró en la mente del *Capitán de Popa*, resolvió escribirle a su Dulcinea, cual el "Caballero de la Triste Figura", en sus sueños o ingenuidad.

No sé de qué artes se valieron los que planearon la broma, para que la carta del enamorado *Capitán de Popa* llegara a ellos, que sin perder tiempo, imitando una letra de rasgos finos, como correspondiera a una dama, contestaron en términos apropiados, dando esperanzas al impa-

ciente galán. A partir de entonces se estableció una correspondencia que podía causar envidia al autor del *Secretario de los Amantes*.

Para no alargar los hechos, en un anochecer se encontraba nuestro personaje sentado en una banca de los corredores charlando con otros compañeros, cuando se acercó el cabo Lucio Gallardo y le reclamó en tono fuerte que hubiera osado poner los ojos en su novia, al mismo tiempo con los guantes que llevaba en la mano le rozó el rostro; hubo cambio de palabras y como consecuencia el reto a duelo. Todo marchaba como lo habían planeado los autores que concibieron la broma. Gallardo envió sus padrinos, que pidieron al *Capitán de Popa* nombrara los suyos, y concertaron las condiciones en que se efectuaría el lance, acordando realizarlo a pistola, a veinte pasos de distancia, y se señalaron las 21:00 horas, eligiendo el campo que se extendía frente a la Naval.

El Capitán López de Nava facilitó las pistolas, que previamente había cargado con cartuchos de salva.

A la hora convenida y con gran solemnidad marcharon los duelistas y padrinos uniformados de levita al campo del honor, en el que ya se encontraban un enfermero y dos ayudantes, con la correspondiente camilla.

A pesar de lo que pudiera suponerse, el *Capitán de Popa* aparentaba serenidad, ¿quién sabe las angustias que bullirían en su interior?, ya que ni remotamente pensó que era la simple representación de un drama y que al caer el telón no habría pasado nada serio.

En nosotros, ni aun sabiendo lo de la broma, se aminoraba la compasión que sentíamos por el amigo en esos instantes.

Revisadas las armas por los padrinos y señalado el sitio a los actores, en cuyo alrededor las antorchas no alcanzaban a disipar las sombras, destacándose desde nuestro puesto de observación en las ventanas de los salones en la planta baja, las figuras, en la suave penumbra del campo.

En un silencio expectante se escuchó la voz de uno de los padrinos: "¡Apunten!"... Se alzaron las pistolas, siguió una pausa y a la voz

de "¡fuego!", sonaron dos disparos, y vimos brillar en la boca de las armas, resplandores fugaces; un cuerpo cayó sobre el pasto del campo, era Gallardo, que llevándose las manos al pecho, aplastó una cápsula colorante que previamente se había colocado. Una mancha escarlata apareció sobre la albura de la camisa y lentamente se fue extendiendo. Corrieron el enfermero y ayudantes, colocando a Gallardo en la camilla y apresuradamente lo llevaron a la enfermería, procurando pasar cerca del *Capitán de Popa*, que trémulo y sin habla permanecía estático en el campo. La guardia mandada por el cabo de turno se hizo cargo del Capitán, llevándolo a prevención, mientras en el patio habían entrado en actividad los cadetes, colocando en el centro una mesa, sillas y bancas que servirían de escenario al juicio que habría de absolver o condenar a nuestro amigo.

Para esto ya se había nombrado el jurado, incluyendo el defensor.

El detenido fue llevado ante el Tribunal que habría de juzgarlo.

Comenzaron los debates, pidiendo el fiscal la pena de muerte para el *Capitán de Popa*, a quien le acumulaban cargos por haber dado causa al desafío, con grave ultraje inferido al cabo Gallardo, al destruir sus ilusiones que le había herido en sus sentimientos de caballero y militar, pues no ignoraba Ruiz que la dama era su novia, y que, a pesar de ello, éste puso sus artes de seducción para desbancarlo.

Cuando estos hechos se desarrollaban, por la balaustrada del primer piso, se asomó uno de las clases y dijo: "¡Señores, un minuto de silencio, Gallardo ha muerto!"

El jurado, al oír esto, resolvió que el acusado fuera llevado a la enfermería, y que ante el cadáver de Gallardo pidiera perdón por su acto alevé. Al llegar ante la mesa en que yacía Gallardo cubierto con una sábana, con voz que por su defecto y la impresión recibida, con dificultad al principio y luego precipitación, salió la demanda de perdón. A alguien se le ocurrió que diera un ósculo al rival caído y cuando nuestro amigo se disponía a levantar la sábana, el simulado muerto no pudo resistir más y violentamente se levantó.

Las carcajadas de los que presenciaban la escena se escucharon hasta el patio, pero la impresión del *Capitán de Popa* fue tremenda, seguida de indignación por tan pesada broma y la amargura del ridículo.

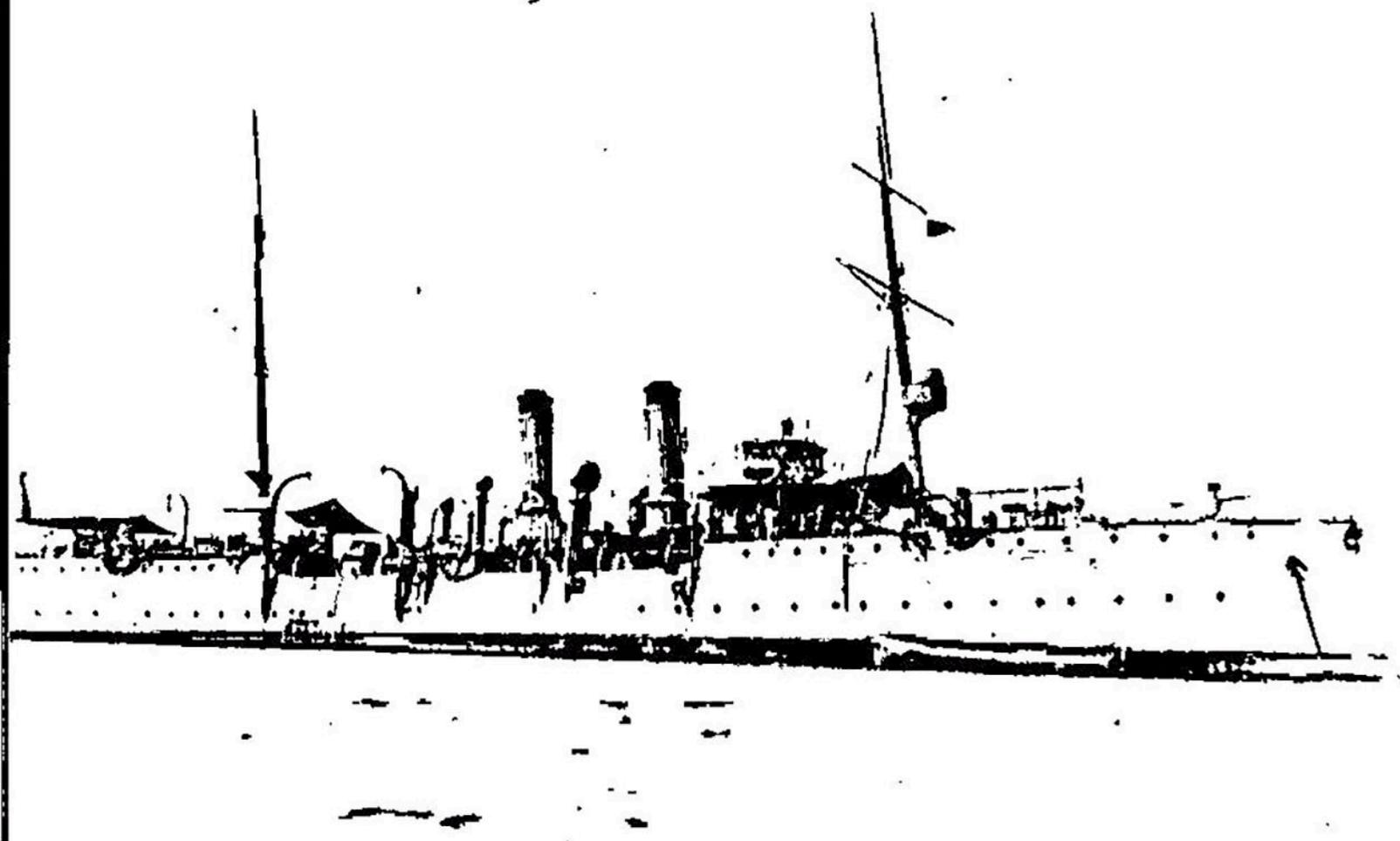
No hay que disminuir la entereza y valor que demostró durante el duelo, pues era el único que ignoraba que las pistolas estaban cargadas con cartuchos de salva.

A muchos años de distancia de la broma en que el *Capitán de Popa* fue uno de los actores, lo encontré en el cine de Minatitlán acompañado, se había casado y gozaba de un buen sueldo en una oficina de construcción de Petróleos Mexicanos. Los estudios realizados en la Escuela Naval, le abrieron el camino de la ingeniería, a la que se dedicó hasta su muerte, ocurrida recientemente.

En junio de 1928 embarcamos en el cañonero *Bravo* para realizar el viaje de práctica anual. El derrotero que seguimos, partiendo de Veracruz fue: Nueva Orleans, E.U.A.; una larga travesía por el Golfo de México y Mar Caribe y arribo a Colón, Panamá; después Kingston, Jamaica; navegamos rumbo a Puerto Limón, Costa Rica, y visitamos su capital, San José; pusimos proa a Santo Domingo, República Dominicana (estando en este puerto el 15 de julio, recibimos la noticia del asesinato del Presidente electo, General Alvaro Obregón por José de León Toral, en el restaurante de "La Bombilla"). Pasamos a Cubita la bella, tocando Santiago de Cuba, Cienfuegos, y regreso al puerto jarocho.

En todos los puertos señalados en el itinerario, asistimos a recepciones oficiales, aparte de una que otra fiestecita particular dada en nuestro honor y lo que buenamente viniera, siempre que fuera de invitación, pues la plata y billetes no abundaban en los bolsillos.

La vida a bordo no era Jauja, imaginense a doscientos alumnos en un buque no acondicionado para recibir tanta gente, aparte de su dotación normal, pero teníamos juventud y deseos de conocer otros países, y a esa pujante edad el cuerpo aguanta lo increíble. además no había



*Cañonero Nicolás Bravo*

VIAJE DE PRACTICAS A BORDO DEL CAÑONERO "BRAVO" EN 1928.



Veracruz; Nueva Orleans, E.U.A.; Colón, Panamá; Kingston, Jamaica; Puerto Limón, San José, Costa Rica; Santo Domingo, República Dominicana; Santiago de Cuba, Cienfuegos, Cuba; regreso a Veracruz

// donde escoger, y como dice el refrán “o la bebes o la derramas” y no había más que dos sopas.

Al toque de rancho bajábamos al sollado y en mesas que se descolgaban en los baos, tomábamos el rancho que servían los camareros de grandes cacerolas y pailas colocadas en el piso. La ración de avena que recibíamos parecía engrudo por la ausencia de leche, no podían faltar los frijoles negros parados, chorizo con papas y galletas marinas, que había que partir con hacha. A medida que transcurrían los días de navegación, éstas se cubrían de lama, “*penicillium notatum*”, o comúnmente penicilina pura, que nos debe haber preservado de los microbios, pero entonces no lo sabíamos. En la comida de mediodía era obligado el arroz, frijoles negros aguados, guisado de carne dura para fortalecer las encías, las mencionadas galletas y agua fresca de limón o jamaica. En la cena, el menú no experimentaba grandes cambios, era más o menos semejante al de la mañana.

// Con malos tiempos, la mar lanzaba su furia imponente, rompiendo sobre la proa, que se hundía en las olas, embarcando torrentes de agua, que salían como cataratas por las amuras y corrían por los trancañiles con ruido ensordecedor. Al levantarse la popa, las hélices quedaban en el aire y fuera de la resistencia del medio líquido, hacían desbocar las máquinas, produciendo una fuerte vibración que se sentía en todo el buque, a pesar de que en las entrañas de la nave, los maquinistas penosamente maniobraban las válvulas de mariposa que controlaban el paso del vapor a los mecanismos de propulsión, reduciendo las revoluciones cuando se incrementaban fuera de gobierno.

Fue durante una de las muchas perturbaciones que corrimos en el mar Caribe, de olas imponentes, ya que Neptuno y Eolo se habían confabulado para que el *Bravito* apenas pudiera avanzar, y en estas circunstancias bien le hubiera quedado la divisa del Capitán Nemo en el *Nautilus*, “*MOBILIS IN MOBILI*”; ¡Móvil en el elemento móvil!, y en verdad que se movía el viejo cañonero. Cuando el compañero Montessoro, al pensar que el buque no resistiría el embate de las montañas //

de agua que se venían encima, desesperadamente exclamó: “¡Sangre de Cristo, calma este mar!” ¡Cuántos de nosotros en nuestro interior no repetiríamos algo semejante!

Con el mal tiempo, el servicio de comedor se desordenaba un tanto y la vajilla sufría bajas considerables, al grado de tener que sustituir las tazas y platos por cacharros o latas, que nos procurábamos para tener en qué recibir nuestra ración.

A los bandazos del buque, las grandes cacerolas que contenían el rancho se deslizaban de una a otra banda, como si fuera un cambiante tobogán. La cubierta del sollado semejaba una pista de patinar, haciéndola más resbaladiza y peligrosa la avena y frijoles que se habían derramado, sin faltar lo arrojado por los marcados faltos de tiempo para llegar a la borda.

Algunos compañeros sufrían terriblemente las consecuencias del balance o de las cabeceadas del buque y no les servía de consuelo saber que el Almirante Nelson también se marcaba y que nunca logró dominar este mal del mar.

El toque de diana se había sustituido a bordo por zafarrancho de coys. Los cadetes de sueño pesado eran despertados por las clases, al grito de “Alza arriba, aferra coys”. Este lo aferrábamos, extendiéndolo sobre cubierta, poniendo dentro la cobija doblada y luego se enrollaba atándolo con las bolinas o cabos cortos que servían para colgarlos de los ganchos del sollado. Al aferrarlo se cuidaba de que el número estuviese a la vista, pues éste se mostraba antes de que se depositara en la batallola que correspondía a los del mismo rancho. Por la noche, en la última lista, se tomaban los coys de las batallolas y se enseñaba el número para comprobar que era el nuestro. Extraviarlo significaba no salir en el próximo puerto y no recibir pre hasta que se hubiese cubierto su importe. Luego del zafarrancho, se distribuían los servicios de guardia y la vigilancia del sollado, además se indicaba el lugar en que descansarían los relevos para ser despertados a la hora señalada.

✓ Cuando había buen tiempo, algunos cadetes dormían sobre cubierta, el coy les servía de almohada y la cobija cubríales del relente de la noche; otros buscaban el tibio ambiente del guardacalor, con el inconveniente de que al despertar tenían la cara llena de hollín que había salido de las chimeneas.

Durante el día no teníamos reposo por las continuas prácticas de nudos, costura de lona, señales a brazo con banderas, interpretación de señales del código nacional e internacional, cuartear la rosa náutica o de los vientos y en más de una ocasión dar ladrillo y arena a las tracas de la cubierta. También montábamos guardia de serviola en la cofa, el "coco" de los mareados, por estar colocada a varios metros de la cubierta, donde las cabeceadas y balances del buque se sentían con mayor intensidad.

Los cadetes de años superiores montaban su servicio de guardia como timoneles, portadores, o en calderas, y los de quinto año, próximos a terminar los estudios, entraban de ayudantes de los oficiales de guardia, en el puente o en máquinas, dependiendo de la carrera que cursaran. A los que estudiaban para oficiales de cubierta, los despertaban en la noche o en la madrugada para efectuar observaciones de estrellas o de luna con el sextante, y a mediodía tomaban la meridiana.

Las prácticas de zafarranchos de combate, incendio y abandono de buque, eran frecuentes, y al toque respectivo, a paso veloz, pasábamos a ocupar el puesto que se nos había asignado.

Por la noche, no podía faltar el código Morse con luces, que a la voz de *Manario* de "¡Repíte, cadete!: Punto raya, A, raya tres puntos, B, raya punto raya punto, C..." etc., pronunciábamos monótonamente hasta el cansancio. A veces esta práctica se sustituía por el canto repetido de los himnos de los países próximos a visitar, y así recuerdo, a pesar del tiempo transcurrido, el bayamés de Cuba, el de Costa Rica, el panameño y el de la República Dominicana.

Cuando zarpamos de Puerto Limón, Costa Rica, me encontraba acodado en la borda, contemplando las ondulaciones de una mar en



Cadetes de la H. Escuela Naval, formados en el maldón, provistos de sus talegonas, listos para embarcar en el cañonero Bravo para el viaje de prácticas en 1928



Heroica Escuela Naval en 1928

calma, gozaba de la vista del puerto, del que nos íbamos alejando lentamente, me extasiaba ver las nubes en el firmamento azul y el revolotear de las gaviotas alrededor del buque, cuando me sacó de mi ensimismamiento algo que caía al agua, que después me enteré se trataba del coy de Enrique Nieto Schaufelberger, y tras él fue nuestro amigo para rescatarlo. Inmediatamente se dio la voz de "¡ Hombre al agua!", sonaron los timbres de los telégrafos, y la orden "Para", del puente, llegó al departamento de máquinas. El buque detuvo su marcha, arriándose de inmediato el bote de salvamento, que se lleva siempre listo para casos semejantes, pero cuando la embarcación llegó al agua, Nieto se había asido de una tiradera que se le arrojó de a bordo y con una rapidez que envidiaría un simio subió por el costado, sin soltar la prenda rescatada.

Por fortuna no tuvimos que lamentar una tragedia, el cadete podía haber sido destrozado por las aspas de las hélices o terminar entre las mandíbulas de los tiburones, cuyas aletas, como dijera el amigo Melgarejo, trazaban una estela de muerte en esas aguas, pues a popa veíamos cómo asomaban el lomo gris imponentes escualos, que tragaban los desperdicios que arrojaban de la cocina.

Nuestro compañero se salvó que le descontaran el importe del coy por el que arriesgó la vida, mas no del arresto impuesto por bañarse en horas indebidas y abandonar el buque sin permiso.

En grandes cajas se guardaban los uniformes de gala y en puerto se nos entregaban impecables para los agasajos oficiales y salir a la calle.

En el talegón llevábamos la ropa interior, uniformes de faenas, útiles de aseo, etc. Era increíble su capacidad de almacenaje y la habilidad que se adquiría para acomodar en esa bolsa cilíndrica de lona las pertenencias.

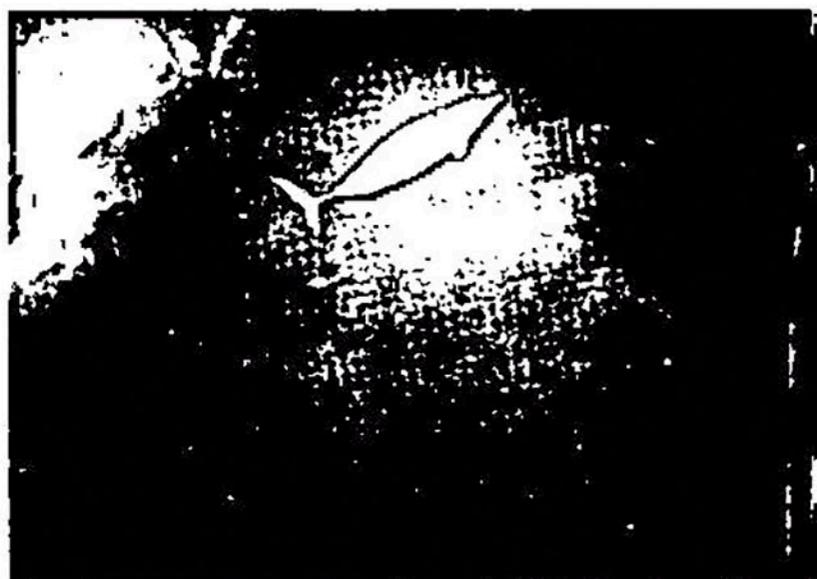
Para las faenas y prácticas de a bordo usábamos el mahón u overol, y cuando éste requería el servicio de lavandería, se ataba al extremo de una tiradera o cabo, arriándolo por el costado hasta el agua y se

afirmaba el otro chicote a bordo. El golpeteo continuo de las olas limpiaba eficazmente la ropa. Aquí viene a cuento la pérdida del overol del amigo Beltrán, que al fallar la tiradera con que lo había sujetado, se fue flotando en la estela del buque. Por este motivo y no contar con una prenda de refacción, Chucho se formó a lista con sólo la gorra puesta y los zapatos. Al presentarse el Teniente Pedro Montejo Sierra, para recibir novedades, con gran asombro vio a Beltrán en esas fachas, es decir como había venido al mundo, por lo que lleno de indignación le gritó: "¡Vaquetudo!, ¡baje inmediatamente al sollado!" Mi amigo estrenó overol que le proporcionaron del depósito, pero también cumplió un plantón por dentro de las jarcias, que consistía en agarrarse de un flechaste por la parte interior y apoyar precariamente los pies en otro inferior. La causa del castigo: "faltas a la moral".

En mis momentos libres y raros días que gozamos de buen tiempo y la mar tenía ligeras ondulaciones, tendido en la proa, me distraía ver el agudo espolón del *Bravo* cómo hendía las aguas, y a los lados saltar los delfines o toninas que retozaban con viveza, para después alejarse con velocidad increíble; también llamaba mi atención el vuelo torpe de los plateados peces voladores, que batiendo vivamente las aletas, se elevaban de la cresta de una ola para clavarse en la inmediata.

Cuando se anunciaba el próximo arribo a puerto, tratábamos de ser los primeros en ver el faro de recalada, o en las sombras de la noche, los destellos que descubrían su presencia. La llegada era un acontecimiento que siempre se esperaba con ansias, pues eso significaba baño con media lata de agua, aunque en ocasiones bastaba con una jarra, buen rancho, incontables agasajos y oportunidad de comprar un recuerdo para los familiares o un obsequio a la noviecita, claro está que dentro de nuestras limitadas posibilidades.

El arribo a Veracruz lo esperábamos con vehementes deseos por ver a los familiares, a la noviecita o a los amigos que, sin duda alguna, estarían esperando el atraque del buque en el muelle de la "T" en la cabeza del malecón. Antes de entrar a la bocana, al toque de "Babor y estribor



Tanina o delfín, nadando junto al espolón del cañonero Bravo en el viaje de prácticas de 1928



Gaviotas volando sobre el Bravo en el viaje de prácticas de 1928



El cañonero Bravo en el muelle de Colón, Panamá, en el viaje de prácticas de 1928

de guardia" formábamos en cubierta. Durante la maniobra de atraque, desde nuestro lugar en filas, tratábamos de ver, entre la multitud que se había congregado en el muelle, las caras de personas conocidas que esperaban nuestro regreso. ✓

Instalados de nuevo en la Escuela, continuaba la rutina, castigos y pócimas, éstas un poco más espaciadas.

A mediados de agosto aumentaba la frecuencia de la instrucción militar. En las tardes efectuábamos marchas y movimientos con armas en el malecón, como preparación al desfile del 16 de septiembre. Aun durante la instrucción, no perdían oportunidad los antiguos de asestar un fuerte culatazo con el arma al novel que tenía la mala fortuna de equivocarse en alguno de los movimientos o toques de corneta.

El trabajo se acumulaba en la sastrería, el sastre Colorado y su ayudante se las veían negras para atender el arranche de las levitas. También el jefe de la lavandería, Barrera, tenía que apresurarse para dejar impecables los pantalones blancos, ya que en el desfile se luciría el vistoso uniforme de media gala.

Al partir rumbo a México, la estación terminal del puerto bullía de chicas guapas y familiares que iban a despedir a los navales. En el tren Mexicano viajamos toda la noche, y a la mañana siguiente, al llegar a la estación, nos esperaban jefes de la Armada y del Ejército. En autobús nos trasladaron al Colegio Militar en Popotla, donde siempre se alojó la Escuela.

En la capital, la instrucción militar siguió su curso, y el 15 se nos acuarteló a fin de estar en buenas condiciones físicas para resistir la agotadora marcha que nos esperaba el 16 de septiembre. Este día, desde que se daba el toque de diana comenzaba el arranche, la revista y desayuno. Al llegar la hora, nos trasladaban en tranvía hasta el lugar que ocuparíamos en la columna. Recorrimos varias calles para llegar frente a Palacio Nacional, desde cuyo balcón central, el Sr. Presidente de la República presenciaba el desfile. En todo el trayecto recibíamos

vivas y aplausos de la multitud, montones de confetis y serpentinas multicolores, que se prendían de los hombros y marrazo.

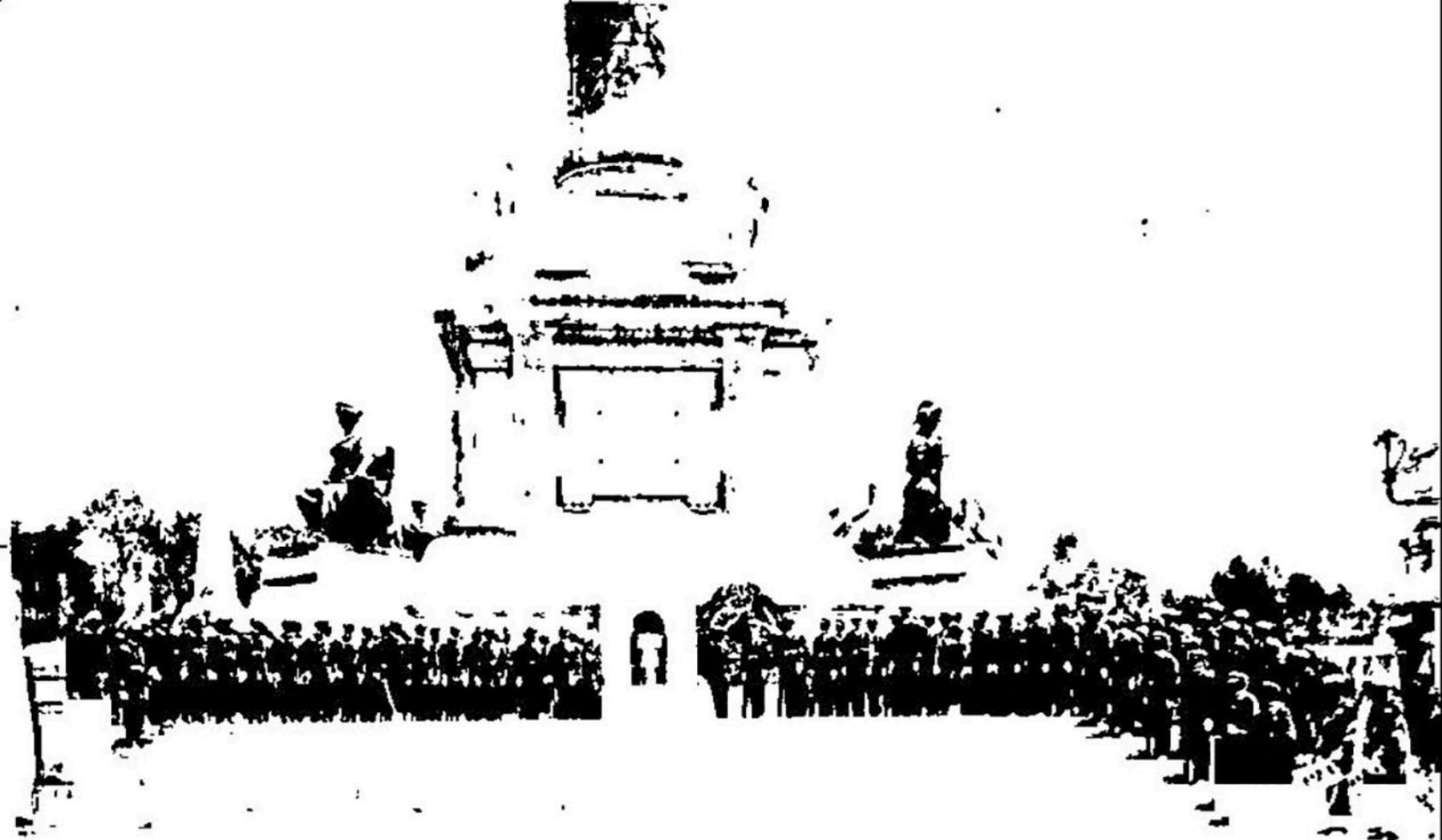
Pasado el desfile se nos concedía franquicia, que aprovechábamos para visitar a los familiares o ver a las guapas "chilanguitas", a quienes tanto impresionaban los cadetes, que gallardos lucían la levita y el dorado espadín.

De vuelta al Puerto, retornaba la rutina: clases, revistas, listas, castigos, servicios de guardia e imaginaria y pócimas, un poco más espaciadas.

El tiempo seguía su marcha implacable, y cuando nos dábamos cuenta, el año lectivo llegaba a su fin. La banda de guerra recorría los corredores a la hora en que el sol poniente daba tonalidades doradas al vetusto edificio. El toque de "Ataque" se escuchaba desde el último

La H. Escuela Naval Militar pasando por el Zócalo en el desfile del 16 de septiembre de 1928





Guardia de la H. Escuela Naval Militar en la Columna de la Independencia el 13 de septiembre de 1928

rincón, indicando que las clases quedaban en suspenso y que entrábamos en pleno período de preparación.

Las luces en los salones y estudio permanecían encendidas toda la noche, y durante este período no faltaban las jarras de café enviadas por familiares u obtenidas en la cocina de la Escuela, para aguantar las desveladas; pero algunos eran inmunes a los efectos de la cafeína y frecuentemente salían del salón para mojarse la cara e impedir que el sueño los venciera.

En días subsecuentes escuchábamos "Enemigo al frente" y al final "Fuego", daban comienzo los exámenes, a los que se presentaba el cadete con los ojos hundidos, rodeados de sombras por los desvelos de la preparación.

En el exterior de los salones se veían grupos de alumnos que ansiosos esperaban conocer el resultado de la prueba del compañero y sacar en consecuencia la magnanimidad o inflexibilidad del jurado y las posibilidades que cada uno tenía de pasar.

Sin necesidad de ver las calificaciones del examinado, se podía observar en su rostro la sonrisa de satisfacción del aprobado o la mucca desconsoladora del reprobado, en que las lágrimas pugnaban por asomar a los ojos.

Con verdadera impaciencia esperábamos los resultados finales; la falla en una asignatura, significaba quedarse a estudiar en el Plantel durante las vacaciones y el adiós al sueño acariciado durante las noches en vela de la preparación, no ver a la familia, ni dormir a pierna suelta, cumplir con la rutina y seguir comiendo las raciones de avena y frijoles negros cocinados por el *Picho*. Si las materias reprobadas eran dos, el asunto se presentaba grave, la pena consistía en la expulsión de la Escuela, el regreso al solar natal, vencido y condenado a llevar una vida oscura, sin perspectivas para el porvenir. Afortunadamente tuve la satisfacción y la alegría inmensa de pasar las vacaciones en el seno familiar.

// Al finalizar mis vacaciones, regresé a la Escuela, y cuando nos disponíamos a comenzar los estudios de segundo año, al anochecer del mes de enero de 1929, estando formadas las brigadas para entrar al comedor, nos causó extrañeza que la Orden del Día en lugar de comunicarla el aspirante de guardia, como se hacía de ordinario, la leyera el ayudante. Se trataba de una orden particular de la Secretaría de Guerra y Marina comunicando que por disposición Superior y por economía, a partir de esa fecha causaban baja del Plantel... primero y segundo años, es decir los que habíamos pasado a segundo y tercero, respectivamente. Luego el oficial ordenó que los afectados diéramos un paso al frente y añadió: "Los que deseen ir al Colegio Militar formen a la derecha y los que prefieran volver a sus casas pasen a la izquierda." Yo me formé a la derecha con Raúl Artigas F., Angel Ramos R., Manuel Peyrot G., Othón García S., Rubén de la Paz, Federico Weber

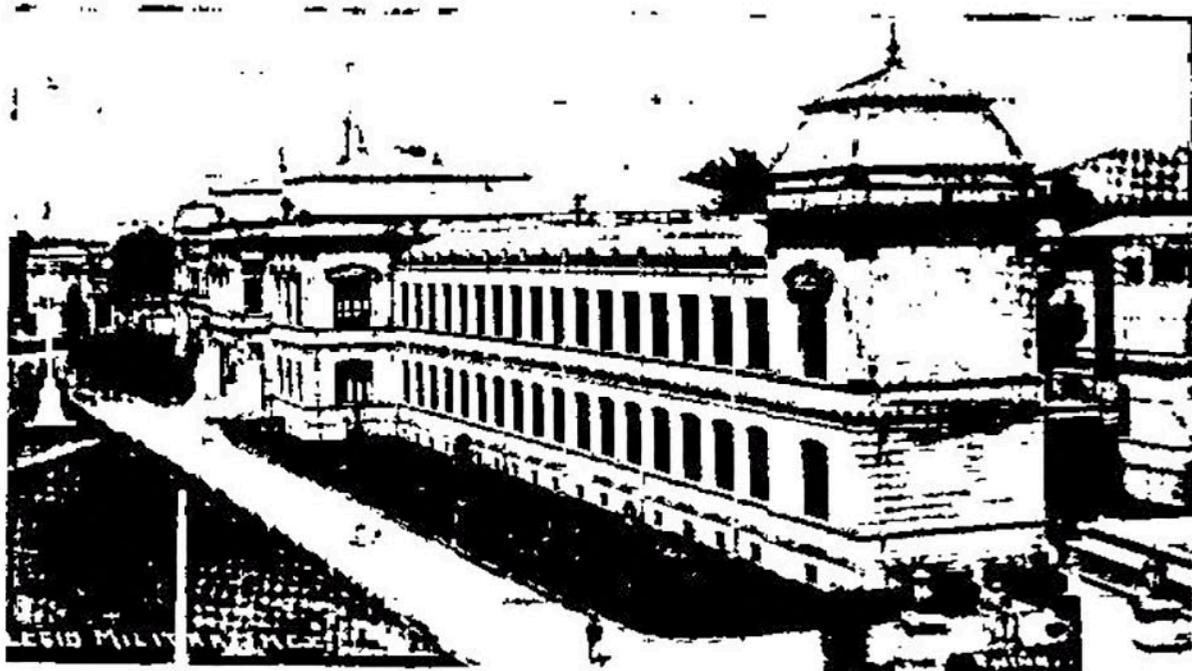
T., Manuel Beaven, Rafael Gallardo V., Enrique Robledo L., Luis Montaña, Leopoldo Flores, Rafael Nieto, Joaquín Montaña B., Fernando Tejero P., Juan Antonio García Carmona y Enrique Nieto; de la antigüedad anterior: Gustavo Melgarejo V., Juan Ibáñez, Mario Córdova A., Pedro E. Zamudio, Deócloro H. Pastor, Luis Contreras, Mario Lara V. y Daniel Tejeda.

A la mañana siguiente, las huellas del insomnio se reflejaban en mis ojos, no pude conciliar el sueño, al dar vueltas al asunto del que ni tiempo nos dieron para pensar, preocupándome el cambio de rumbo que había de experimentar mi vida obligado por las circunstancias.

Al anochecer de ese día, dijimos adiós a nuestra querida Escuela Naval, y abrumados por la pena que nos embargaba, marchamos rumbo a la terminal, embarcándonos en un carro especial del tren Mexicano que nos llevaría a la capital. Los familiares y compañeros de cuarto y quinto años, nos acompañaron a la estación, y cuando el tren iniciaba su marcha, escuchamos, con profunda emoción y tristeza infinita, el "Adiós muchachos", que entonaron como sentida despedida.

Viajamos durante toda la noche y por la mañana arribamos a México, que despertaba envuelto en bruma. Al llegar al Heroico Colegio Militar, nos asombraron sus cómodas instalaciones, un gimnasio provisto de diversos aparatos, hermosa alberca, amplios dormitorios con gabinetes metálicos para guardar nuestras pertenencias, magníficos caballos para las clases de equitación, rancho de buena calidad, estudios menos pesados que los de la Naval, un casino con amplio salón para las tertulias de los jueves, mesa de billar, boliche y otros juegos.

Con fecha 11 de enero nos comunicaron, por oficio, que por acuerdo del C. General de División, Secretario de Guerra y Marina, los cadetes de la Escuela Naval Militar, a disposición de la Dirección del Colegio Militar, causáramos alta en las distintas escuelas del plantel, y así fui a dar a la reina de las armas, la Infantería, con carácter de supernumerario y la indicación de que cubriríamos las vacantes que fueran dejando los que por diferentes motivos causaran baja en el Colegio.



Vista del H. Colegio Militar



Frente del H. Colegio Militar



Casino del H. Colegio Militar en 1928



Cuadra de Infantería  
del H. Colegio Militar  
en 1928

Todo el año seguimos con la rutina: clases, deportes, instrucción militar y, los fines de semana, prácticas de campaña, emprendiendo agotadoras caminatas a Tres Marías, Topilejo, Cerro Gordo, etc., llevando la mochila auestas, arma y cartuchos. También recibíamos clase de equitación en el picadero, y ya con más experiencia, en el caballo; efectuábamos recorridos por las barrancas del "Suspiro" y "La Agonía", por las que en más de una ocasión rodaron por la empinada cuesta, jinete y caballo, en peligrosa caída.

Muchos apuros me costó embridar esos caballos de gran alzada, era un triunfo hacerles bajar el testuz. También tuve mis fracasos al poner el galápago o el albardón; al apretar la cincha, el animal hinchaba mañosamente la barriga y, claro está, cuando iniciaba el trote o galope, se aflojaba la montura y al darse vuelta de campana quedaba mi pobre humanidad tendida en el suelo entre las patas del caballo.

Los exámenes de fin de curso los pasamos sin novedad, y el 29 de noviembre recibimos una comunicación, en que la Secretaría de Guerra y Marina disponía que con fecha primero de enero de 1930, reingresaríamos como cadetes de la Escuela Naval Militar, con el fin de continuar la carrera respectiva en la Marina de Guerra Nacional, y para cuyo efecto ya se hacía del conocimiento del C. General Gilberto R. Limón, Director del Colegio, esa disposición. Firmaba el oficio el Subjefe del Departamento de Marina, Comodoro Luis Schaufelberger, por orden del C. General de División Secretario.

De mi antigüedad regresamos a la Naval: Raúl Artigas, Manuel Peyrot, Enrique Robledo, Mario Lavalle A., Antonio García Carmona. De la antigüedad anterior: Gustavo Melgarejo, Mario Córdova, Pedro E. Zamudio y Decódo H. Pastor, y de la posterior, Joaquín Montaña. Aunque en el oficio de reingreso del que se nos destinó copia figuraban: Carlos Rosales, Fernando Tejero, Enrique Nieto y Juan Ibáñez, los citados causaron baja por diferentes motivos. Los demás continuaron la carrera en el Colegio Militar, destacando en el arma que habían elegido, Joaquín Solano Chagoya, hoy General de División, que en



En el Colegio Militar los cadetes: Joaquín Solano Chagoya, Rafael Gallardo Vargas  
y Mario Lavallo Argudín



Cadetes de primer año de Infantería del H. Colegio Militar, en Bolón de las Flores, en 1929



Cadetes del H. Colegio Militar a la hora del rancho durante unas prácticas en Belén de las Flores en octubre de 1929



Cadete Mario Lavallo Argudín en la barraca del campamento de Infantería del Colegio Militar durante las prácticas en El Ajusco



Campamento de Infantería del H. Colegio Militar durante las prácticas de campaña en El Ajusco, cerca de Tres Marías, en diciembre de 1929

alguna de las olimpiadas formó parte del equipo ecuestre. Otros distinguidos compañeros ostentan altos grados en el Ejército Nacional.

Con fecha posterior, compañeros de antigüedad que terminaron la carrera en el Colegio Militar, volvieron a la Naval para estudiar como oficiales alumnos, las carreras de Cuerpo General o Ingeniero Mecánico Naval, que en su origen habían elegido.

En la Escuela estudiamos el tercer año por habérsenos revalidado las que cursamos en el Colegio y otras que pagamos a título de suficiencia. A la antigüedad anterior no le tomaron ninguna por haber llevado en aquel Plantel el mismo año que nosotros y por ese motivo, juntos, seguimos en un solo grupo hasta la terminación de la carrera.

Con gratitud recuerdo a eminentes profesores que nos llevaron por los intrincados laberintos de las ciencias: don Jesús Rodríguez, con sus ecuaciones algebraicas, progresiones y logaritmos; Sempé, en francés; el señor Minor, en mecánica analítica y aplicada, demostrando las leyes descubiertas por Arquímedes y, al igual que este sabio, pidiendo un punto de apoyo para mover el mundo; el teniente Gabriel Cruz Díaz, en descriptiva, muchos arrestos me costó comprender la intersección de líneas y planos y sus proyecciones, tan incomprensibles como un jeroglífico babilónico; Benjamín León (*El Chino León*), que en la primera clase nos apabullaba, diciendo con tono doctoral: "cálculo infinitesimal es la más alta expresión del espíritu humano", y cuando en la clase de geometría analítica y cálculo, el cadete no daba pie con bola, decía: "Esto es tan sencillo que hasta Napoleón lo sabe." Mandaba llamar al cartero de la Escuela, que llevaba tan ilustre nombre, y éste escribía en el pizarrón la integral que no sabía el alumno, y que aquél repetía como loro, sin entenderla, ante el asombro del grupo. Tengo en mis recuerdos al Dr. Rodríguez Mendoza, me parece verlo en el salón de química, tras matraces y probetas, o en la clase de física, entre aparatos diversos, con el pelo alborotado, arqueadas las espesas cejas y su mueca característica, que daba la impresión de una sonrisa. Mis compañeros recordarán conmigo, la tarde que el profesor disertaba



Teniente de Corbeta C.G. Pablo  
Escobio Ruiz y cadetes de cuarto y  
quinto años



Tenientes de Carbeta C.G. Pablo Escobio Ruiz y Antonio Aznar Zetina y cadetes: Antonio García Carmona, Mario Córdova Aguilar Dáddoro H. Pastor Baaza, Enrique Nieto Schaufelberger. Manuel Peyrot Girard, Alberto Ceballos, Julio Ascorve Ferrer, Cirano Sánchez Cárdenas, José María Rivas Sanz, Félix Marell Peyreffitte, Joaquín Harmiga López, Carlos Abaroa Schaufelberger, Raúl Artigas Fernández, Mario Lara Vázquez, Gustavo Melgarejo Velasco, Jesús Vázquez del Mercado, Pedro E. Zamudio Zamudio, Mario Lavalle Argudín



Tenientes Gabriel Cruz Díaz y Rafael Gómez Valencia y cadetes de tercero y cuarto años en prácticas

sobre el carrete Ruhmkorff y explicaba que esta forma más usual de inductor, se componía de arrollamiento primario y secundario, originándose en éste una elevada tensión, y que si se tomaban los extremos, la descarga podía ser peligrosa y aun mortal; al terminar de expresarlo, puso la mano, sin darse cuenta, sobre los electrodos que estaban en la mesa, sin pensar que Jesús Vázquez del Mercado (*Chacharitas*) había conectado el primario a una batería. Ya podrán imaginarse la impresión del Doctor al sentir la tremenda descarga. Dejó pasar unos instantes mientras se reponía y arqueando las cejas más que de ordinario, con su extraña sonrisa acentuada por el choque, ordenó bruscamente: “¡Señor Vázquez, deje los aparatos y pase al pizarrón!”; claro está, que como el fuerte del recordado amigo no era la teoría, salió con su domingo de arresto por no saber la clase. Hago la aclaración que *Chacharitas* tenía gran habilidad para los trabajos manuales y por este motivo se encargaba de tener los aparatos de física al corriente.



Cadetes de la Escuela Naval en Alvarado, Ver.: Gustavo Melgarejo Velazco, Raúl Artigas Fernández, Mario Lavalle Argudín, Joaquín Hormigo López, Pedro E. Zamudio Zamudio, Cirano Sánchez Córdenas, Antonio García Carmona, Manuel Peyrot Girard, Deodoro H. Pastor Baszo, Enrique Robledo Landázuri, Mario Córdova Aguilar, Manuel de la Fuente Valdez



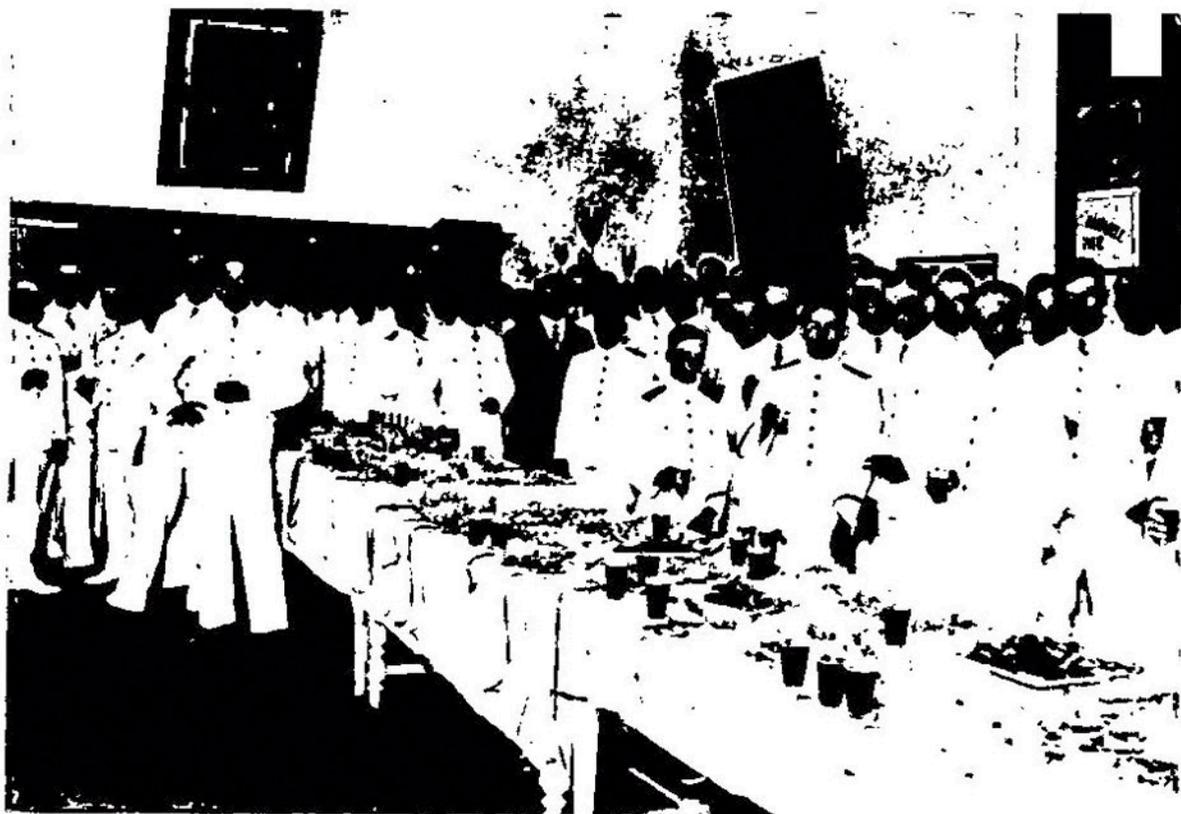
Profesor de Mecánica Analítica y Aplicada, don Esteban Minar, y alumnos de la H. Escuela Naval Militar en la azotea del edificio de faros

También vienen a mi memoria, el caballeroso Profesor Lic. Zamora, en Derecho Internacional Marítimo; General David Johnson, en Calderas y Máquinas de Vapor; Teniente Enrique González Amado, tratando de hacernos entender las tres leyes de la termodinámica, y otros distinguidos profesores que desfilaron por las aulas impartiéndonos su ciencia y experiencias.

No escapan al recuerdo los Directores que orientaron nuestra primera ruta: Comodoro C.G. Luis Hurtado de Mendoza que terminó su gestión el primero de diciembre de 1928; Comodoro C.G. José de la Llave, que estaba al frente del Plantel en enero de 1929, cuando pasamos al Colegio Militar. Al reingresar a la Escuela Naval, el primero de enero de 1930, la mandaba el Comodoro C.G. José Rodríguez Malpica, y siguió con esta comisión hasta abril de 1932, y el Comodoro P.A. Carlos Castillo Bretón, desde esa fecha al 31 de diciembre del mismo año en que egresamos de la gloriosa Escuela como guardiamarinas.

En 1930, el viaje de instrucción fue a Nueva Orleans, E.U.A., a bordo del cañonero *Bravo*, y al siguiente año a Mobile, E.U.A., en el acorazado *Anáhuac*. Navegando rumbo a Veracruz y a medio Golfo de México, sin que supiéramos ni cómo sucedió, el compañero Mario Nieto Posadas pasó del sueño de la vida al eterno de la muerte, en las profundidades del mar, y tal vez sus formas yertas irían a la deriva en la cálida corriente del *Gulf Stream*. Al arribo a Veracruz, esperaban los afligidos padres del infortunado cadete, informados en su Puebla natal del trágico suceso, y sin el consuelo de recibir el cuerpo de su hijo para darle sepultura.

El último viaje de práctica lo realizamos, como el anterior, en el acorazado *Anáhuac* y no hubo, como en otras ocasiones, viaje al extranjero. Un mes permanecemos en el fondeadero de Antón Lizardo efectuando prácticas marineras, predominando la boga en los grandes botes del buque a fin de que los guardiamarinas pudieran hacer levantamiento hidrográfico de los bajos de esa zona y sondeos para los planos batimétricos, por esto pasábamos largas horas pegados a los remos bajo



Comodoro C.G. José Rodríguez Malpico, Director de la H. Escuela Naval Militar, y alumnos, en un coctal ofrecido al Comandante del crucero alemán *Karlsruhe* y cadetes en su visita al puerto de Veracruz en 1931.

los ardientes rayos del sol, semejando galeotes de alguna de las galeras de Don Juan de Austria en Lepanto. No se nos formaban ampollas en las palmas de las manos, pues estaban encallecidas por el roce del regatón del remo. Desde que abríamos del tangón, se dejaban escuchar las voces del patrón: "¡Listos a armar! ¡Arma! ¡Listos a dar avante! ¡Avante! ¡Alza!... ¡Avante babor, cía estribor!...", que nos martilleaban los oídos todo el día.

Con menos frecuencia practicábamos la navegación a vela, más divertida y menos pesada que a remo. Sólo escuchábamos el ruido del agua y las voces del patrón: "¡Acuartela foque! ¡Pasa la mayor al medio!... ¡Larga escota!..."

Después de las rudas jornadas del día y pasar la última lista de la noche, me acostaba en cubierta y contemplaba en un cielo sin nubes el toldo de estrellas que brillaban en el firmamento y entre ellas identificaba las constelaciones que con la ayuda de las explicaciones del viejo Marshall, que en alguna ocasión me indicara la forma de localizarlas mediante las alineaciones correspondientes, ahora lo ponía en práctica al ir descubriendo en ese enjambre de estrellas: el Pegaso, Andrómeda, Perseo, Caciopea, Cefeo, el Dragón, etc., y alineando las dos estrellas traseras de la Osa Mayor, encontraba en la cola de la Menor, la estrella Polar, que había guiado a los marinos desde la más remota antigüedad.

// Cuando pasamos a quinto año, la historia de 1929 volvió a repetirse, y como la vez anterior, al pasar lista de 18:00 horas, el ayudante, en lugar del aspirante, comunicó la Orden en los siguientes términos: "Por disposición superior y a partir de esta fecha, causa baja del Plantel el personal que a continuación se expresa...": muchos nombres escuchamos en angustiada espera, por fortuna el mío no figuraba en la fatídica relación, pero cuántas lágrimas amargas de impotencia y rabia afloraron a los ojos de los que habían sido señalados para abandonar la Escuela. En esta ocasión no hubo Colegio Militar y no sólo afectó a alumnos de primero y segundo años, sino también de cuarto y quinto. Al otro día no hubo rancho para ellos y tuvimos que compartir nuestra



Comodoro C.G. Luis Hurtado de Mendoza



Comodoro C.G. José de la Llave



Comodoro C.G. José Rodríguez Malpica



Comodoro P.A. Carlos Castillo Bretón



El acorazado Anáhuac en el dique flotante de Nueva Orleans, E.U.A., para la limpieza de fondos, aprovechando el viaje de prácticas de 1931



Chimenea del acorazado Anáhuac



Acorazado Anáhuac en el dique flotante de Nueva Orleans, E.U.A., en el viaje de prácticas anual (1931)



Cadete Mario Lavalle Argudín en el viaje de prácticas a bordo del acorazado Anáhuac en 1931



Tiburón pescado desde a bordo del acorazado Anáhuac durante la travesía en el Golfo, en el viaje de prácticas de 1931



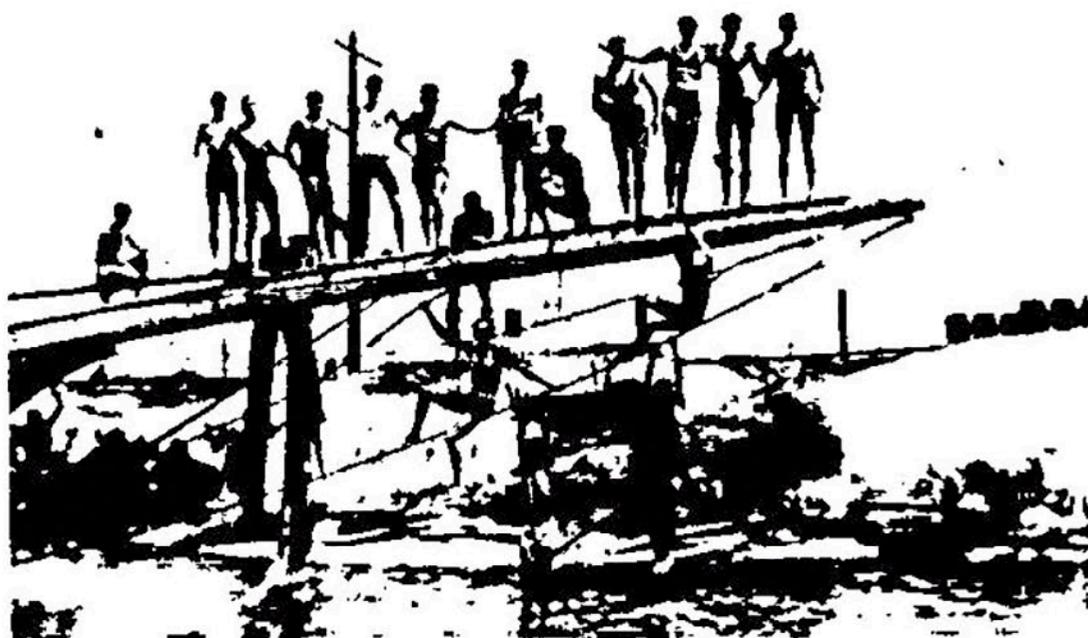
Acorazado Anáhuac en el dique flotante de Nueva Orleans, E.U.A., en limpieza de fondos, en el viaje de prácticas de 1931





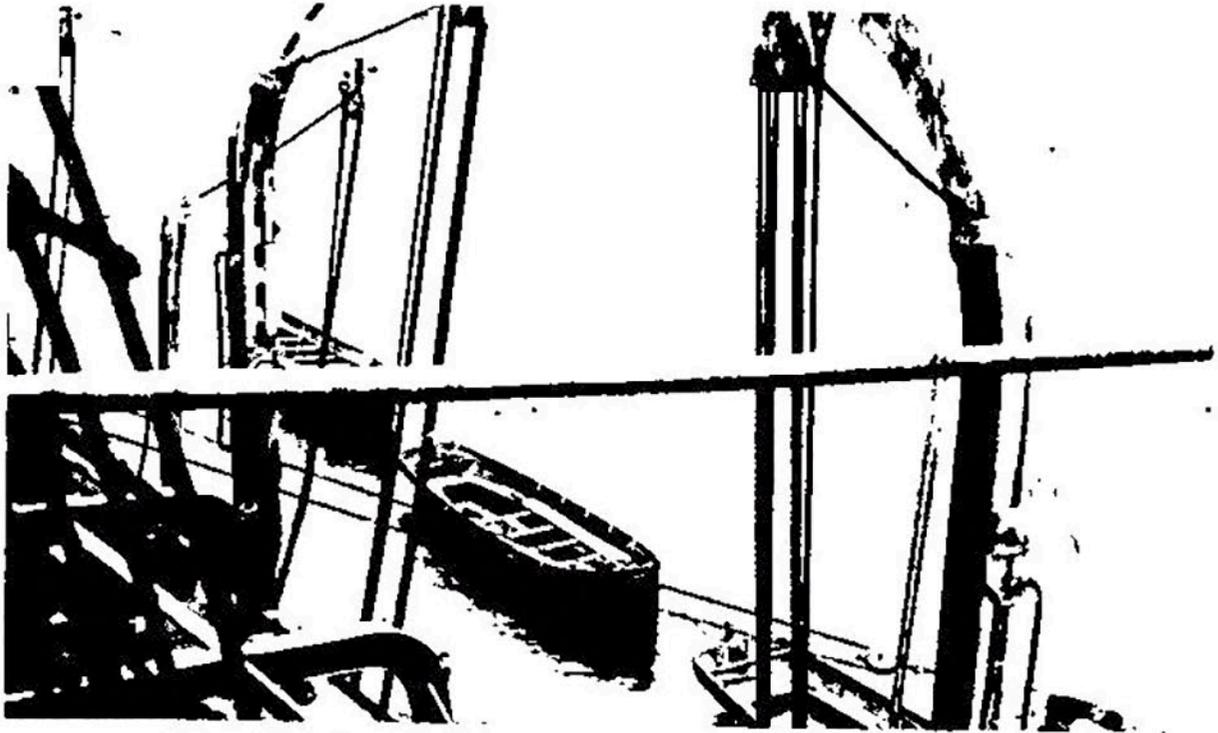
Acorazado Anáhuac en el dique flotante de Nueva Orleans, E.U.A.





Cadetes en prácticas de natación y clavados desde el buprés de un viejo velero en Argers, E.U.A., en el viaje de prácticas de 1930





Acorazado Anáhuac fondeado en Antón Lizardo; botes amarrados al tangón

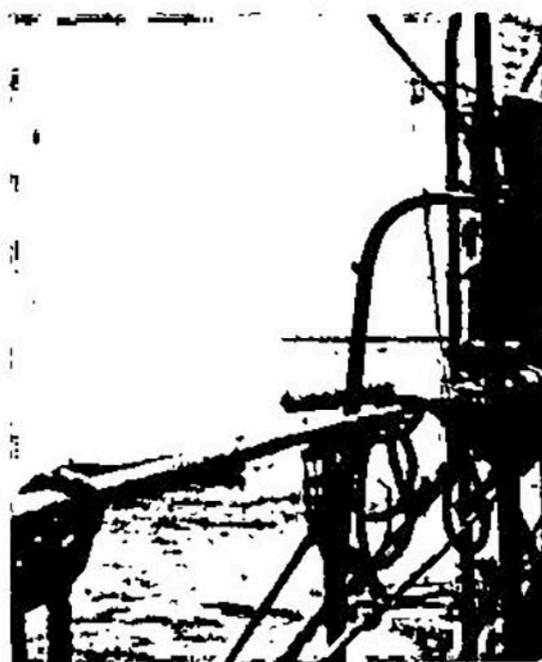
ración mientras recibían dinero de sus familiares para poder regresar a sus hogares.

El tiempo implacable siguió su curso, los exámenes pasaron sin novedad. Al fin había llegado el anhelado momento de la graduación, que en sencilla ceremonia se llevó a efecto, y posteriormente se nos agasajó con un brindis en el domicilio del Director, Comodoro Carlos Castillo Bretón, anexo a la H. Escuela Naval. El patio en el que resonaron nuestras pisadas cuando a paso veloz dábamos incontables vueltas en torno al poste central, no se empavesaría, como en otras ocasiones, con las banderas multicolores de los códigos nacional e internacional. El baile de gala que tradicionalmente se llevaba a efecto, no se realizaría en esta ocasión, por las condiciones precarias que vivía la Escuela, pero en el domicilio del amigo y compañero Raúl Artigas Fernández. en la

avenida Libertad, hoy Díaz Mirón, se organizó una animada fiesta para todos los que habíamos egresado del Heroico Plantel.

A esa fecha de la graduación, que veíamos tan lejana por los contratiempos que surgían cuando menos lo esperábamos, al fin podíamos portar con orgullo el uniforme de guardiamarina, y ese derecho lo habíamos ganado a pulso.

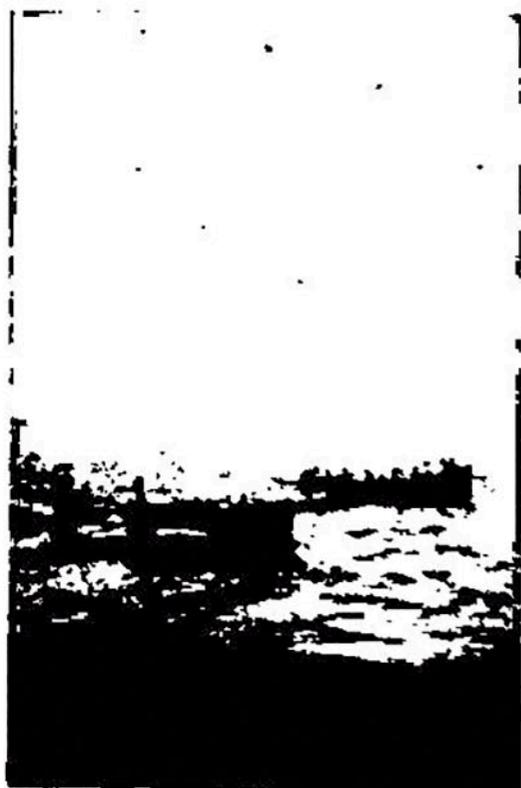
Ahora, después de tantos años que han pasado, el recuerdo de las penalidades y circunstancias que concurren para que la antigüedad 1927 - 1928 - 1932 se redujera, hasta el grado de que nos podíamos contar con los dedos de las manos, se conservan frescos en mi memoria y lo aquí narrado se apega a los hechos tal como sucedieron. Puede que sea porque a medida que pasa el tiempo, se recuerdan con mayor claridad las impresiones de nuestra juventud y más seguramente porque nunca se olvidan aquellas que tan profundamente se nos grabaron en el alma.



Cadetes de la H. Escuela Naval en práctica de boga en Antón Lizardo en botes del acorazado Anáhuac



Cadetes en práctica de vela en botes de la Escuela Naval



Cadetes de la H. Escuela Naval Militar en práctica de boga en los botes del acorazado Anáhuac en Antón Lizardo en 1932

Los años transcurridos han puesto capas de olvido sobre las épocas que se fueron. Por eso he querido resucitar parte de ellas en estas memorias y recoger con amor esos hechos que se ocultaban en las sombras del pasado, ponerlas ante la vista de las presentes generaciones que alientan en la Escuela Naval de Antón Lizardo y hacerles reflexionar que, a la distancia de 42 años, las condiciones han mejorado grandemente, en comparación con las precarias que nos tocó vivir; por tanto, al egresar de sus aulas, tienen la obligación de estar más preparados y ser oficiales más eficientes en su actividad profesional para bien de la Armada y de la Patria.

## COMPENDIO

En 1930 reingresamos a la Escuela Naval Militar para cursar el tercer año, tanto los que ingresaron en 1927 como los de 1928. Los primeros perdieron un año, ya que de las asignaturas que llevaron en el Colegio Militar, ninguna les fue revalidada, y a los segundos, algunas se las dieron por pagadas en ese Plantel y otras fueron presentadas a título de suficiencia. Por este motivo las antigüedades 1927 y 1928 formaron una sola y constituyó la Generación de 1932.

## GENERACION 1932

### AÑO DE INGRESO 1927

1. MARIO CORDOVA AGUILAR
2. GUSTAVO MELGAREJO VELAZCO
3. DEODORO H. PASTOR BAEZA
4. PEDRO E. ZAMUDIO ZAMUDIO
5. JOSE MAZA BELMAR
6. JESUS VAZQUEZ DEL MERCADO

### AÑO DE INGRESO 1928

1. RAUL ARTIGAS FERNANDEZ
2. MARIO LAVALLE ARGUDIN
3. MANUEL PEYROT GIRARD
4. ENRIQUE ROBLEDO LANDAZURI
5. JUAN GARCIA CARMONA

Nos encontrábamos en el Colegio Militar cuando ocurrió el levantamiento de 1929, producto lógico de pasiones reprimidas y años turbulentos de nuestra historia social. La falta de recursos y la inestabilidad en que nos tocó vivir, truncaron la carrera de muchos compañeros, retrasaron la de otros tantos y nosotros fuimos los supervivientes de ese naufragio.



Cadete Mario Lavalle Argudin cuando  
ingresó a la H. Escuela Naval Militar en  
1928



Vicealmirante Ing. M.N. Mario Lavalle Argudin,  
autor de estas Memorias, 42 años después de su  
ingreso a la H. Escuela Naval Militar

GENERACION 1933

AÑO DE INGRESO 1927

1. JULÍO ASCORVE FERRER
2. FELIX MORELL PEYREFFITTE
3. CIRANO SANCHEZ CARDENAS

AÑO DE INGRESO 1928

1. CARLOS ABAROA SCHAUFELBERGER
2. JOAQUIN HORMIGO LOPEZ
3. JOSE MARIA RIVAS SANZ
4. JOAQUIN MONTAÑO BRUNET

GENERACION 1934

1. FERNANDO GONZALEZ RUIZ (1928)
2. RAMON ALCALA FERRARA
3. ELIAS BELTRAN LARA
4. RAMON OCHOA
5. HUMBERTO URIBE ESCANDON

## CONTINUARON LA CARRERA EN EL H. COLEGIO MILITAR

1. RAUL A. CABALLERO
2. LUIS CONTRERAS TORRES
3. DANIEL TEJEDA R.
4. RUBEN DE LA BARREDA
5. RAFAEL GALLARDO VARGAS
6. OTHON GARCIA SANCHEZ
7. RAFAEL NIETO HERNANDEZ
8. ANGEL RAMOS RAMIREZ
9. JOAQUIN SOLANO CHAGOYA
10. FEDERICO WEBER TEJEDA

Los tres primeros ingresaron a la Naval en 1927 y el resto en el año de 1928.

Federico Weber Tejeda causó baja en el Colegio por haberla solicitado, después de que su primo Daniel Tejeda lo hirió en el estómago al disparársele accidentalmente la pistola que le mostraba, en la cuadra de Infantería.

Después de unas prácticas de campaña, Daniel Tejeda murió de tifoidea en el H. Colegio Militar.

## GENERACION 1935

1. JESUS BELTRAN RAMIREZ (1928)
2. OTHON GARCIA SANCHEZ (1928)
3. ANGEL RAMOS RAMIREZ (1928)
4. SALVADOR ALVA OLMOS

5. EDMUNDO BRAVO ARREDONDO
6. MIGUEL ELIZALDE RAMOS
7. GABINO PEREZ PAGOLA
8. PEDRO CRUZ RODRIGUEZ
9. HERIBERTO MARTINEZ CASTRO
10. REFUGIO LOPEZ SANCHEZ
11. CARLOS RODRIGUEZ RIVERO

Estos cuatro últimos ingresaron de procedencia civil.

Las generaciones de 1933, 1934 y 1935 contaron en sus filas a compañeros que ingresaron a la H. Escuela Naval Militar en 1927 y 1928. Debido a estas circunstancias, estamos unidos por latidos cordiales y nos sentimos como si formáramos parte de una sola antigüedad, que comprende desde 1927 a 1935.

Para terminar, podría repetir con Gustavo Rueda Medina:

“Yo digo a los Cadetes de la Escuela Naval:  
No importa que nosotros boguemos entre sombras;  
En nuestra vela prende ya la lumbre solar.  
El orto es inminente, la raza se encamina  
A recobrar de siempre su ruta secular.”

Se imprimió en el mes de junio de 1971  
en los TALLERES GRÁFICOS DE LA NACIÓN,  
Canal del Norte N° 80, México 2. D. F.  
Su tirada fue de 500 ejemplares, en papel  
Cuché de 90 kilogramos, utilizándose en su  
composición tipos Baskerville.